

teleros, gavias, jarcias y lonas y filásticas por todas partes; olor á brea y á marisco; restos de buques que destruyó la tormenta; una farola rústica avanza sobre la falda del médano para dar esperanza vana á los indefensos náufragos, las aves acuáticas revolotean sobre el oleaje, y allá, para cerrar la dilatación sucesiva de las dunas, un promontorio se precipita al Golfo, en elevada cresta, para simular el pie desnudo de un titán que dormitara debajo de las sábanas de calcinada arena, castigado por los dioses como Prometeo, y como Prometeo rebelde y blasfemo, escupiera de rabia cuando las mil trombas de la tempestad desatan sus gritos horrendos revolviendo el mar y obscureciendo el cielo.



XXVI

SÁTRAPA no las tenía todas consigo, á pesar de su entereza de ánimo para ver de cerca los acontecimientos más precipitados.

Había conjurado todos los peligros que se le vinieron encima; había salvado todos los obstáculos que se levantaban en su camino y había hecho recta y dócil la línea que, antes tortuosa y rebelde, se ceñía en el horizonte de su porvenir, como una inaccesible cordillera que obstruyese el paso firme y seguro, y vedara á la vista el puerto tantas veces ansiado y tantas otras fallido.

Por hábiles gestiones, y eficacia y celo, muy de su carácter reflexivo, llegó á constituirse en gerente de la casa comercial, más poderosa de la villa; des-

pués, cuando apareció aquella para él nubecilla de verano, arrojada por el soplo de la nunca desmentida gurrulería del Lic. Sancho Sánchez Sanchete de la Sanchada, que á la postre tornóse en tromba de tormenta desencadenada, no perdió la cabeza, ni se dió á lamentaciones vanas, ni á aspavientos melindrosos, sino que con esa su calma sistemática y con aquella su engañosa cortesía, elevó el pararrayos y contuvo y redujo la chispa eléctrica que, rendida en sus manos, vino á iluminar su razón y á sepultar en las oscuras masmorras de la locura al infeliz y miserable Illescas.

No poco trabajo y no menos perspicacia tuvo que desplegar para que prosperara la locura de su tío; la misma tenacidad del Sr. Illescas en reparar aquella falta de una juventud fogosa é inexperta, trajo, como de la mano, el recurso que sirvió á Sátrapa para explotar la candidez de gentes sencillas que en cualquier aspecto anormal de un individuo

ven un ensalmo ó sospechan una brujería; así el Sr. Illescas fué tenido por loco, y su médico de cabecera extendió el certificado facultativo que declaraba ante el juzgado competente la incapacidad del dueño de la casa comercial, dirigida por Sátrapa, para contratar y obligarse en cualquiera operación mercantil; de hecho y de derecho Sátrapa resultaba el señor y absoluto dueño de los intereses del Sr. Illescas.

Hasta aquí los acontecimientos habíanse sucedido por un encadenamiento lógico, fundándose en efectos legales; pero quedaba la última prueba; el recurso ulterior que confirmaría la ejecución de los hechos anteriores y afirmaría, de una vez para siempre, la omnipotencia de Sátrapa en este caso extraordinario: faltaba la presencia de «Pajarito» ante su padre; el recibimiento de éste, la actitud que tomaría el Sr. Illescas y el curso por donde cogieran las

cosas hasta entonces llevadas al antojo de Sátrapa.

Y esta incertidumbre, rayana en desconfianza, era lo que tenía desconcertado y meditabundo al sobrino de Don Javier.

El abogado de la casa comercial de «Infanzón Illescas y C^a» habíale dicho á Sátrapa, en todos los tonos, que nada temiera sobre el particular; que confiara en los términos de la ley, tan expresa en casos semejantes, y que se amparara en el certificado médico; que nada ni nadie valía contra las disposiciones judiciales; que él —Sátrapa— con ser apoderado, gerente y tutor de su señor tío, podía impedir cualquier arreglo y oponerse á toda concesión; que no cabía allí ningún contratiempo; que social y judicialmente Illescas estaba loco, y que la menor resolución que se tomara en contrario, equivalía á cambiar la fuerza directriz de la línea recta; que si el señor Don Javier llamaba hijo suyo al intruso

que se metería por las puertas de la alcoba del enfermo, nada significaba; pues antes y ahora y siempre así lo había nombrado, sin tener la prueba testimonial, que aquí valía más que todas las pruebas en contrario juntas; además, ¿no se habían pedido informes al Registro del Curato para inquirir la forma y fuerza de la fe de bautismo del mentado «Pájaro»? ¿Y qué se había hallado? ¿Que el tal no tuvo padre conocido á la hora del bautizo! Y por esto quedaba una laguna difícil de llenar con las ambiguas y problemáticas afirmaciones del Lic. Sancho Sánchez Sanchete de la Sanchada; así las cosas, ¿para qué amilanarse por lo imprevisto?

Destruído el argumento Aquiles, no queda más que Homero para llorar su muerte; y en este punto, Homero —que no era otro que Sánchez Sanchete— no estaba ciego, andaba con ojo avizor y barba sobre el hombro husmeando en Códigos arratonados y en legajos carco-

midos lo que había de servirle de guía para no perderse en aquel dédalo de pruebas y contrapruebas, de comparencias y careos, de testigos y de coartadas para sacar ayante la legitimación de «Pajarito»; esperaba que las circunstancias le ofrecieran la clave para dar en el punto capital de aquel litigio; porque su intrepidez de esforzado paladín en asuntos criminales y civiles, lo pertrechaba para luchar en campo abierto y pasar por todos los Códigos, suprimir las Siete Partidas, barrenar la ley, suplir los jueces y recusar los secretarios; de su verba y de su farfulla esperaba más que de la letra escrita y de la tinta gastada en papelotes y memoriales.

Sin embargo, también como Sátrapa dudaba; sentía movimientos de desazón inusitados; temía al sobrino de Illescas por esa impenetrabilidad de carácter que poseía; donde se estrellaban, como contra formidable ariete, las refinadas ar-

gucias y los alambicados argumentos del Licenciado de la Sanchada.

Estaba Sátrapa en esa crisis de su temperamento flemático, por saber de letra de Sanchete, en carta escrita á Illescas, la próxima llegada de «Pajarito» á Villa de las Granadas; pronto, pues, tenía que afrontarse con el enemigo ignorado, á quien no conocía y á quien juzgaba hombre capaz de arrostrar todos los peligros y allanar todas las dificultades para obtener el logro de sus propósitos; tenía por persona de letras y de estudio; apto para convencer á los jueces y ganarse á los oyentes con la verdad de sus palabras, lo patético de su invención y el brillante relato de aquel lejano y doloroso abandono; invocaría las leyes de la naturaleza que se escriben con sangre en la vida de la humanidad; narraría el largo sufrimiento de una madre infortunada; sus sofocos, sus luchas, su caída, su resignación; y las lágrimas acudirían á los ojos de los concurrentes, y

la clemencia apuntaría en la boca de los jueces, y vendría la filiación á dar al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios. Hacíalo personaje principal en aquella vulgar, pero verdadera historia; y en su temor; creíalo un cumplido caballero, tanto en el porte marcial de su individuo, como en la manifestación vehemente de su derecho de hijo ultrajado; pero de pronto el desaliento pasaba; dirigía rápida mirada retrospectiva á la vida que llevaba entre las cuatro paredes entelarañadas del escritorio, y se reconocía con derecho legítimo sobre la herencia de su tío, en la cual puso todas las luces y todas las energías de una juventud dedicada al trabajo y al cumplimiento del deber; y el otro, el hijo, lejos de aquel crudo trabajo, ignorante de la vida de su padre, no le asistía más derecho que el que le daba la circunstancia de haber sido engendrado por el señor Illescas; sí; aquel era el hijo de la carne; el hijo del arrebató de la juventud; el hi-

jo de la concupiscencia de amoríos pasajeros, de la facilidad del momento, obscurecido por un punible abandono, escarnecido por un loco desvarío; pero él, Sátrapa, dependiente de más de quince años, apoderado de la prestigiada firma de «Infanzón Illescas y Ca.», él era el hijo del espíritu; el compañero de faenas; el inspirador de complicadas y felices combinaciones mercantiles; el propagador del crédito comercial; el acumulador de caudales; el nervio y norte que llevaba segura y ligera la nave de la fortuna, como experto piloto, por los espantables escollos del fracaso y de la bancarrota!

De hijo á hijo había diferencias notables, que la moral, por una parte, y la justicia, por otra, separaban y no confundían.

Y estos razonamientos, y estas argumentaciones decían bien claramente á la perspicacia de Sátrapa, que de estar inactivo sería despojado, usurpado de

sus altos derechos que había adquirido por propios y singulares méritos; se liquidaría en el reparto testamentario como á dependiente celoso, eficaz, y honrado; se le tasaría de igual suerte que un criado fiel, que á una bestia de carga paciente. . . . ¡Nunca! ¡Nunca! . . .

El señor Illescas seguía tirado en la cama con la vista vaga; los miembros doloridos y las extremidades frías; se negaba á tomar alimento; las medicinas habían minado su organismo y debilitado más y más su cerebro. . . . Apenas si hablabla; la vida de aquel enfermo se concentraba en la mirada; allí, en el hueco negro de hundidas cuencas, brillaba (como fulgores de fuego fátuo parpadeando en los bordes de una tumba) la luz de unos ojos que vivían para sólo mirar el futuro cuerdo, la vida futura, y afluir en fulguraciones simultáneas que alumbraban un suceso borrascoso y una conciencia intranquila.

De días atrás no sabía el tiempo en

que vivía; el reloj que con su tic tac monótono marcaba las horas, le era indiferente; casi lo veía como un estorbo en el silencio sepulcral de aquella alcoba; la entrada de su sobrino á mañana y tarde, y la aparición de la criada con los alimentos que siempre rehusaba, eran los

únicos tratos humanos que tenía en su largo y penoso encierro; pues el médico, aunque venía todos los días, se pagaba la visita en hablar con Sátrapa de los chismes de la Villa, y maldito el caso que hacía de Illescas; para no perder su carácter profesional, recetaba este ó aquel jarope, y mandaba que la naturaleza obrara en el caso de Illescas para afirmar su respetabilidad de doctor acercado y caritativo, porque ya los baños por inútiles tuvo que prohibirlos.

Ni le importa á Don Javier su salud, ni recordaba á su hijo; permanecía hecho un idiota en medio de una insensibilidad lamentable.

El médico hubo de tomarle el pulso

aquella mañana para llenar cumplidamente su cometido, y se alarmó de sentirle las pulsaciones y de encontrarle las extremidades frías; comunicó á Sátrapa el grave estado del enfermo, diciéndole para prevenirle, que si Don Javier seguía obstinándose en no tomar alimento, sin remedio se moría; la visión de la muerte, al pasar su terrorífica imagen de crugientes huesos por la mente del asombrado sobrino, trajo el recuerdo de la palabra «ab intestato.» De un peligro que podría conjurarse, se pasaba á otro mayor: al intestado.

Muriendo sin hacer testamento el señor Illescas, el Licenciado Sanchete sacaría del centro mismo de la tierra testigos para afirmar que «Pájaro» era hijo del difunto; y entonces, por lo menos, sería la mitad del capital de Don Javier y el costo de la manutención de toda la vida de «Pájaro» á manos del patrocinado por Sancho Sánchez Sanchete de la Sanchada.

Proponer testar á Illescas en aquel extremo, no podía ser: el certificado estaba allí para impedirlo, y de pasarse este por alto, la misma insensatez en que se hallaba Illescas, le declararía incapacitado para redactar, ó mandar redactar, su última voluntad; destruído el certificado, se le abriría la puerta á Sanmuerte, para que entrara «Pajarito» en legítima y pacífica posesión de la parte que le correspondía, si Illescas estaba vivo en el instante en que el hijo advenedizo llegara. Sátrapa—católico sinceramente en el fondo—veía en todo aquello la mano de Dios que castigaba su egoísmo y le llamaba al buen camino; registróse hasta lo más hondo de su conciencia, y se encontró culpable; tuvo un arranque de arrepentimiento, y lleno de dudas y confusiones tomó el sombrero para salir precipitadamente en busca de su abogado.

«Yo mismo, Dios mío, me he puesto el dogal al cuello... y es preciso des-

correr el nudo antes que la cuerda esta-
lle!» —decía á tiempo que traspasaba el
umbral.

—«¡Señor, señor! —gritaba la criada—
está en la sala una visita esperando á vd.

—«¡Quién es!» —preguntó impaciente
Sátrapa.

—«¡El señor Licenciado!»

—«¡Ahora sí que Dios es clemente; pues
la salvación viene á mí!» —exclamó Sá-
trapa para significar que se ahorra

viajes.

—Antes de penetrar á la sala, donde lo
esperaba el Licenciado, entró á su cuar-
to; miróse al espejo y se vió muy páli-
do; alisó los cabellos dispersos que le
caían sobre la frente; enjugóse con una
toalla el sudor que le llenaba de gotitas
el rostro y fuése sonriente y resuelto
á donde su abogado le aguardaba.

—Al pisar la puerta de la sala hizo un
alto, y no retrocedió por aquella su ener-
gía para contener las bruscas impresio-
nes; como Cirano, contaba siempre con

el gesto; pero, á pesar de ello, por su
rostro pasó una oleada de sangre.

—«¡Hola, hola, señor Sátrapa, cuánto
gusto en verle tan saludable!»

—«¡El propio que tengo yo en encon-
trarle tan sano!»

—«¡Siéntese Ud. —siéntese Ud. —
y dígame á qué debo tanta honra!»

La voz de Sátrapa, aunque se esforzaba
en ser reposada, tenía inflexiones bron-
cas.

—Diré á Ud., mi bueno y querido
amigo, me trae por aquí un asunto que
tenemos pendiente de resolución; asunto
que tanto á Ud. como á mí urge ultimar
lo más pronto posible.

—«¡Ignoro á qué asunto se refiere Ud.!

—«¡Olvidadizo es. . . es. . . estamos! . . .

Vaya, mi señor Sátrapa, los muchos y
complicados negocios que le abruma y
absorben el seso noche y día, no le de-
jan tiempo para ocuparse de otros, que,
aunque parezcan que no tienen impor-
tancia, son de aquellos que se ligan ín-

timamente con los de la casa «Infanzón Illescas y C^a».

—¿Se trata de algún crédito á nuestro cargo, ó de alguna quiebra de uno de nuestros corresponsales?

—De ninguna manera, señor mío; sin embargo, bien puede ser, viéndolo desde de cierto punto de vista, un cargo á la negociación de «Infanzón Illescas y C^a», pero crédito real y efectivo, en el sentido de la palabra mercantil, no es, á...

—¡Dios gracias! ...
—Pues explíquese Ud. ... que estoy de prisa! ... ¡Los negocios de mi casa me reclaman!

—¡Pues de ellos vamos, vamos, vamos á tratar!

—Perfectamente; pero en ese caso nos encaminaremos al escritorio, que es este el lugar más apropiado para el caso.

—¡Como Ud. disponga! ...
—¡Es que estoy resueltamente á sus órdenes! ... ¡Y á propósito!

anda de enfermedad su... su... señor tío? ...

—¡De mal en peor! ... ¡Esta mañana creíamos que se moría!

—¡Tan... tan... tanto así!

—¡Mucho, señor Licenciado, mi tío tiene sus días contados! ...

—¿Y... y... y... y habrá hecho testamento?

—De eso se trata ...

—Pero andamos con rodeos y no nos encaminamos al escritorio para tratar el asunto tan interesante que le trae á Ud. aquí ...

—¡En... en... «*En avant,*» mi señor, *en avant!*» ...

—¡Pase Ud.! ...

—¡No, Ud.! ... ¡Hágame Ud. favor! ...»

Y Sátrapa furioso, con una tempestad que le rugía dentro del pecho, ensayó la más melosa de sus sonrisas, hizo la más estudiada de sus reverencias y le cedió el paso al Licenciado.

—¿Qué encontrados pensamientos obs-
curecían la mente del celoso sobrino de
señor Illescas!... «¡La mano, la mano
de Dios!»—repetía condenando la ines-
perada visita que le impidió consultar
su abogado.

Llegados al despacho, cada quien se
sentó en una poltrana, lejos de los atra-
jes del escritorio, donde se ejercitaban
en sus tareas hasta tres dependientes.
amén del tenedor que ocultaba su raqui-
tica humanidad dentro de las inmensas
hojas abiertas del libro «Diario.»

—¿Conque vamos á ver de qué se tra-
ta, señor Licenciado?

—La cosa es sencillísima, tanto, que
se expone en dos palabras: «¡Aquí está
el hijo del señor Illescas resuelto á ven-
ir á su... su... su padre!»

Sátrapa se movió en su asiento; atre-
viéndose nerviosamente el bigote, y exclamó
al instante:

—¡Imposible!... ¡Mi tío se muere
y no puede ver á nadie!...

—Pues precisamente, señor mío, ¡por-
que se muere, ese hijo infortunado quie-
re recibir la bendición de su padre mo-
riendo!... ¿Ne... ne... negará Ud.
este último consuelo á un hijo que man-
tuvo á su madre hasta que Dios tuvo á

bien llamarla á su glorioso reino para
quitarla de este mundo de miserias?...
No qui... qui... quiero creerlo!...
Porque de creerlo, sería tan... tan...
tanto como despojar á Ud. de nobles y
caballerosos sentimientos!...

—¡Conque está aquí su hijo!—repetía
Sátrapa como hablando con su pensa-
miento á solas.

—Sí; aquí está desde anoche; y el res-
peto que tiene á la casa de su padre hi-
zo que no viniera con el polvo del cami-
no encima á saludarle; ni pretendiera yo
que viniese tan pronto, si Ud. no me co-
municara la alarmante noticia de su
grave... grave estado!...

Sátrapa estaba cogido en la trampa;
revolvía en la amplitud de su imagina-

ción la manera airosa de salir del tran-
ce en que él mismo se metió hasta los
codos; á poco de reflexionar, contestó

—Por mi parte no hay inconveniente
señor Licenciado; y antes me alegraría
de que mi tío se quitara ese peso de en-
cima con darle la bendición á su hijo
que de que muriera sin cumplir con ese
deber paternal. . . . pero es el caso que
yo no puedo disponer tal cosa. . . . esto
depende directamente de la autoriza-
ción del médico; y si Ud. me lo permite
espéreme aquí un momento, el tiempo
suficiente para consultar ahora mismo.

Y así diciendo, Sátrapa tomó el som-
brero y se encaminó hacia la puerta.

—Bueno; eso se llama pensar con la
cabeza y sentir con el corazón. . . . ven-
mos á ver inmediatamente al médico. . . .
así des. . . . des. . . . despachará pronto
la consulta y ganaremos tiempo. . . .

Sátrapa volvió á ser cogido por la pe-
netración del Licenciado, á quien que-
ría distraer por un momento para pre-

parar las cosas convenientemente y de-
jar cabos sueltos por donde el abogado
de la casa de Infanzón Illescas y Cía. ata-
ría el enredo.

—Pero mi señor Licenciado, ¿no le
parece á Ud. mejor enviarle un recado;
así nos evitaremos una jornadita lar-
ga. . . . pues el médico vive lejos de aquí,
aparte de que pueda suceder que ande
en sus visitas y. . . .

—¡Pues an. . . . an. . . . andando!—ex-
clamó el Licenciado que ya se impa-
cientaba con la tardanza de Sátrapa.

—¡Julián, Julián! . . . (¿Dónde estará
este hombre?) . . . ¡Julián, Julián! . . .

—¿Señor?

—Vas en un brinco á la casa del dor-
dor. . . . y le dices de mi parte que ven-
ga aquí inmediatamente. . . . ¡Oyeme bien:
aquí, no á la casa de mi tío. . . . porque
si le dices que es para ver á mi tío, de
seguro que supone que ha muerto y no
viene! . . .

El criado salió á escape, mientras Sá-